

LA NOCHE DE LOS JUGUETES VIVIENTES

La convocatoria dice: «El Instituto del Teatro de la Excelentísima Diputación Provincial de Barcelona y el Departamento de Cultura del Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Cataluña organizan una exposición de juguetes cedidos por Josep María Joan Rosa, del 22 de diciembre de 1972 al 8 de enero de 1973. La exposición se situará en el Museo de Arte Escénico. Se proyectará simultáneamente una película sobre el tema, realizada por Jordi Cadena y Gustavo Hernández, y se escuchará música de Carlos Santos».

Me he paseado por el piso figue-

sea esta noche la última vez. Una moto con sidecar, tripulada por dos muchachos enmascarados que murieron de aburrimiento en la batalla del Ebro. Cien Federicos Garcías Lorcas en camino hacia la Ciudad Universitaria. Un futbolista con la pelota colgada del cinto. Un afilador del hacha de la guerra. Un avión francés encadenado a su aeropuerto. El diálogo de dos caballos de cartón sentados y sin huesos ni carnes. Muñecos abanderados. «Ferry-boats» con ruedas. Guardias civiles polichinelas. Damas de organdí en el tióvivo. Elefantes acróbatas. Un tanquista romboide. Un

guerras modernas. La Aduana. El asalto. Bolos cabezudos. Fortuna. Combata naval...

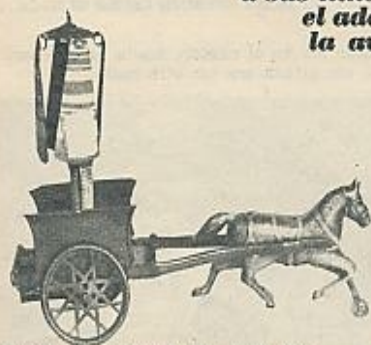
Muchos de estos juguetes sobrevivieron a nuestros abuelos, a nuestros padres. Llegaron a la infancia de los años cuarenta con su olor fuerte a pinturas agresivas sobre las carnes de metal, con su tacto de cartón basto recubierto por esmaltes achocolatados. Algunos de estos juguetes aún circulan por las ferias de pueblo y los compran niños preconsumistas o arqueólogos, como este aparejador de Figueras que se llama Josep María Joan Rosa, que quiere recuperar con estos

sados por tan largo viaje. Enseñaron el color y el movimiento a sus niños patrones. Les enseñaron el ademán afortunado, el error, la avería, la herida, la vejez, la muerte. En su tiempo fueron el no va más de la mecánica aplicada a satisfacer las necesidades de la imaginación infantil. Hoy, sus movimientos tienen gracia pionera si los comparamos con el juguete electrificado, con el juguete de plástico aséptico.

Y sin saber por qué, captamos que entre estos juguetes y los de nuestros hijos hay la misma distancia corporal y espiritual que la que hay entre nuestros mayores y nuestros hijos. Para nuestros mayores no tiene sentido jugar con plástico o con la magia eléctrica. Para nuestros hijos no tiene sentido un juguete viejo, que obliga excesivamente la imaginación y el deseo. Y, en cambio, hemos de comprender unos y otros juguetes, porque unos y otros estuvieron a punto de pasar por nuestras manos y casi no pasaron. Miembros de la promoción del Racionamiento, llegamos a tiempo de no llegar a tiempo ni para la épica y la imaginación ni para la eficacia y la tecnología. Josep María Joan Rosa pertenece también a esta promoción de resultantes y derivados, y pone en su empeño de heterodoxo coleccionista la emoción del que reconstruye el camino que conduce a sus orígenes. Canciones, juguetes viejos, gestos, modas nos ayudarán a encontrar la carne de una Historia sólo aprehendida en su esqueleto.

Es curioso el mensaje de tiempo que emiten estos empecinados cuerpecillos que no parecen de este mundo. Es curiosa la sensación de ingenuidad y agresividad que nos transmiten, una sensación que también emana, como un effluvio, de la época en que fueron utilizados. ■ M. V. M.

Como recién llegados de una excavación, estos juguetes están cansados de tan largo viaje. Enseñaron el color y el movimiento a sus niños patrones. Les enseñaron el ademán afortunado, el error, la avería, la vejez, la muerte.



rense (en Figueras) de Josep María Joan Rosa. Es un antimuseo donde centenares de juguetes ocupan habitaciones, baúles, repisas, estanterías. Son juguetes de lata, de cartón, de papel. Tienen carnes de entreguerras o posguerra, vejez de uso, huellas de niños que dejaron de serlo. Joan Rosa escoge caprichosamente alguno de ellos. Le da cuerda. El juguete revive sus glorias de antaño con una aplicación de artista viejo, aterrorizado por la jubilación, tratando de disimular la herrumbre, el olor a tiempo y humedad. Veo muñecas Modigliani, sin que Modigliani haya tomado ni arte ni parte en el asunto. Veo muñecas desenterradas de alguna fosa común de campo nazi. Un negro de lata, cantante de «jazz» y provocador de alegrías ratificadoras. Muñequitos paráliticos en una mecedora de «bunker». Soldados de latón viajando por el túnel del tiempo, que les llevaba a una gran parada en Viena o a la guerra de Silesia. Mariposas de lata. Muñecas de cartón que han enloquecido de soledad. Animales metálicos dispuestos a recuperar el movimiento, aunque

autobús lleno de siluetas troqueladas. Una carta de amor en relieve. Un aristócrata en coche y con cara de coche. Un juego que se llama «La entrada en Madrid», protagonizado por la Infantería, la Falange, el Tercio, los Regulares. Rompeca-bezas. Caleidoscopios. Los alegres aviadores. A bordo del «Infanta Isabel». Royal judo. Lotería zoológica. Nain Jaune. La pulga. El tío alegre. Los turistas. «Foot-ball». Las

juguetes las huellas dactilares de la imaginación de varias generaciones. A medio camino entre la ingenuidad y el terror, estos juguetes provocan ternura y pánico. Son como habitantes del pozo oscuro, de carnes internas, malvas, mal alumbradas, lleno de ecos sumergidos en extraños humores; el pozo oscuro de la conciencia infantil de los mayores.

Como recién llegados de una excavación, estos juguetes están can-

